

bertad (1). ¿De qué manera podían conseguir ese objeto? No había más que un medio, el de obligar al emperador á una paz que garantizase los derechos y los intereses por los cuales se había emprendido la guerra. No se necesitaba un gran sentido político para ver que solamente la union de todos los protestantes podía darles fuerza para vencer á la Casa de Austria, y eso es lo que Gustavo Adolfo estuvo siempre haciendo ver á los príncipes protestantes. Pero aún no había muerto el héroe, y ya el duque de Sajonia había entablado negociaciones con el emperador. En vano aquél había advertido á sus aliados que evitasen hacer paces particulares con Fernando; que tratando separadamente, se dividirían frente de un enemigo poderoso, y ellos mismos le darían armas para destruirles (2). Después de la muerte de Gustavo Adolfo, los protestantes tenían un motivo más para permanecer unidos y estrechar sus lazos, puesto que les faltaba el grande hombre que hasta entonces les había salvado. El canceller Oxenstiern les dijo muy bien que no debían tener más que un alma y una voluntad (3). Richelieu habló y obró en el mismo sentido: "Nada es más capaz, decía el elector de Sajonia, de impedir que se haga una buena paz que el que dejemos de mantenernos en autoridad y poder; para obtener una paz sólida es necesario estar sobre las armas y ponerse en situación de hacerse temer," (4). ¿Se dirá que eran consejos interesados, y que la Suecia y la Francia querían eternizar la guerra á fin de destruir la Casa de Austria y repartirse sus despojos? Sin duda Richelieu y Oxenstiern deseaban la continuacion de la guerra; pero los protestantes tenían el mismo interes, porque mientras no estuviese abatido el poder del Austria no podían esperar una paz seria. Y por otra parte, permaneciendo armados, hubieran tenido en jaque á Francia y Suecia, y hubieran estorbado que impusiesen la ley á Alemania.

El mismo elector de Sajonia confesó que solamente una paz general podía poner á cubierto los intereses comunes (5), y pidió que la paz consagrara la libertad religiosa y política de los príncipes alemanes. El elector de Brandemburgo fué más

(1) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 81.
 (2) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 319, 363.
 (3) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 365.
 (4) *Negociaciones de FEUQUIÈRES*, t. I, p. 10, 12, 60.
 (5) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 397; t. II, página 16.

allá: quería la igualdad de las dos confesiones en el órden civil y político, como único medio de asegurar la libertad en el órden religioso, y para obtener aquellas garantías insistió en la necesidad de la union: divididos, decía, y separados de la Suecia, serían arrollados inevitablemente. El elector añadió que era necesario desconfiar de las proposiciones de paz que partiesen del emperador, porque, á sus ojos, los príncipes protestantes eran rebeldes y herejes, y no trataría con ellos sino con la reserva mental de no cumplir sus promesas (1). Nada más cierto ni más cuerdo. ¿Por qué entonces el duque de Sajonia tomó la iniciativa de la defecion, y por qué el elector de Brandemburgo firmó la paz de Praga? Un historiador aleman ha querido rehabilitar al duque de Sajonia elogiando su prudencia y sus sentimientos honrados y ensalzando su patriotismo y su odio al extranjero (2). ¡Singular tipo de un patriota un príncipe que, en opinion de sus contemporáneos, tenía más cuidado de sus cubas de cerveza y de sus reclamos de caza que del protestantismo y del imperio! Había decaído tanto en la opinion pública, que se le llamaba *rey de la cerveza* (3). Se le imputaban frases dignas de un ébrio, tales como la de que le preocupaban más las bestias de sus bosques que sus súbditos (4). Con esto, dice Richelieu, "el duque era famoso y hubiese querido tener la direccion de los negocios," (5). El cardenal no hubiera deseado cosa mejor que confiársela; pero el embajador de Francia le escribió que el elector, "sin crédito ni reputacion, era incapaz de presidir á cosas tan importantes como la paz y la guerra," (6). El orgullo herido entró por mucho en su defecion: no podía consentir el que como elector había sido vicario del imperio estar subordinado á un gentilhombre sueco (7).

Intereses de familia y de engrandecimiento territorial, que el emperador tuvo buen cuidado de satisfacer, decidieron al duque de Sajonia á romper con sus aliados y á firmar la paz de Praga. El

(1) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 17, 28-32, 147, 409.
 (2) BARTHOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, tomo I, páginas 157, 162, 222, 225.
 (3) Se le llamaba BIERGÖRGEL (GFRÖRER, *Geschichte Gustav Adolphi*, p. 782). Los estudiantes en sus bromas y coplas, le llamaban *rex cerevisianus* (FÖRSTER, *Briefe Wallensteins*, tomo II, página 77, nota 3).
 (4) LE LABOUREUR, *Hist. del mariscal de GUEBRIANT*, p. 198.
 (5) *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 337.
 (6) FEUQUIÈRES, *Negociaciones*, t. I, p. 135.
 (7) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 289.

elector de Brandemburgo siguió su ejemplo. No se dirá que fuese por patriotismo ni por odio á la dominacion extranjera, puesto que confesaba ser imposible á los príncipes protestantes el sostenerse sin el apoyo del extranjero; decía que era preferible asegurarse el auxilio de la Suecia, cediéndola una parte del imperio, que el salvar la integridad de éste á costa de la libertad religiosa, y añadía que un cristiano evangélico debía dar más importancia á la palabra de Dios que al engrandecimiento temporal de su patria (1). Pero el lector que sacrificaba tan generosamente la integridad de Alemania se preocupaba grandemente de la integridad y del acrecentamiento de su electorado. Tenía derecho á la Pomerania despues de la muerte del duque reinante, en virtud de pactos de familia; la Suecia codiciaba tambien aquella herencia como indemnizacion de guerra, y aquella oposicion de intereses fué la que impelió al elector á aceptar la paz de Praga (a).

Richelieu increpó enérgicamente aquella paz: "Es una desercion vergonzosa, dijo, é infiel hecha contra los tratados firmados por el duque de Sajonia y en mengua de su palabra," (2). La posteridad ha confirmado el juicio del gran político; "La paz de Praga, dice un historiador filósofo, era desleal, incompleta y desnuda de garantías. No otorgaba á los protestantes más que una parte de sus justas pretensiones, y no les aseguraba ni aún aquello que les concedía," (3). Sólo una excusa hay que alegar á favor de los príncipes que la firmaron: el estado deplorable de Alemania despues de diez y seis años de guerra. El elector de Sajonia no dejaba de ostentar á cada conyuntura el amor á su querida patria, hollada por el extranjero, y su deseo de devolverla el beneficio de la paz. No queremos penetrar en sus intenciones, las suponemos excelentes; pero si prueban la buena fe del lector, tambien acreditan su incapacidad política y su obcecacion. Las convenciones de Praga, que debían dar la paz á Alemania, perpetuaron la guerra y ademas la imprimieron un carácter funesto al im-

(1) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 26.

(a) El lector advertirá que todas las autoridades invocadas para censurar con tan negros colores la conducta del duque de Sajonia y del elector de Brandemburgo son francesas.—(Nota del Traductor.)

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. VIII, p. 343.

(3) ANCILLON, *Cuadro de las revoluciones sufridas por el sistema político de Europa*, t. II, p. 89.—SCHOEL califica de vergonzosa la paz de Praga (*Hist. general*, t. XXV, p. 191).

perio. El elector era tan corto de luces y tan vano, que se imaginaba ser cosa fácil echar de Alemania á sus antiguos aliados; sin ver que los Suecos, exasperados, continuarían la guerra por punto de honor, y que detras de los Suecos se encontraba la Francia, que no quería la paz hasta no ver arruinada la casa de Austria. Desertando de la alianza sueca, los príncipes protestantes no ponían fin á la guerra; por el contrario, se colocaban ellos en la imposibilidad de contrabalancear la influencia extranjera, y entregaban la Alemania á la suerte de las batallas en una época en que la fortuna de Francia estaba confiada al genio de Richelieu, lo cual equivalía á ir en busca del desmembramiento.

Se dirá que es fácil, despues de consumados los hechos, que el historiador vea lo que se debió hacer, pero que eso no es tan fácil á los que tienen oscurecida la vista por las pasiones del momento; ni aún esa disculpa cabe al duque de Sajonia, que consultó á sus Estados y recibió un consejo excelente, del que hubiera debido aprovecharse. Los Estados sajones declararon que no tenían confianza en el emperador, y lamentaron que la paz no se hiciera de comun acuerdo con todos los príncipes; por último, opinaron que la paz, léjos de pacificar la Alemania, eternizaría la guerra, porque las potencias extranjeras no la aceptarían (1). ¿Qué convenía, pues, hacer? Permanecer unidos y sobre las armas hasta que, vencido el emperador, hubiese otorgado una segura paz. Tomando ese partido, los príncipes protestantes hubieran tenido una voz preponderante en las negociaciones y habrían impedido que la Suecia y la Francia continuasen la guerra bajo el pretexto de la libertad alemana; en vez de recibirlas, hubieran dictado las condiciones de la paz y salvarían el honor y quizá la integridad del imperio. Aceptando la paz de Praga y poniéndose del lado del emperador, los príncipes protestantes abrieron, por decirlo así, la puerta á la ambicion francesa.

No es cierto, sin embargo, que vendiesen los intereses de su patria: los plenipotenciarios de Francia en Munster rindieron un homenaje de singular ingenuidad al patriotismo de los príncipes: "Los príncipes alemanes, dicen, se diferencian mucho de los de Italia; éstos están muy conformes con que la Francia conserve allí algunas plazas para

(1) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 676.

tenderles la mano en caso de necesidad y contener á los Españoles. Pero los Alemanes son mucho más dados al amor de su patria, y no aprueban que los extranjeros desmembran el imperio por más ventajas que se les prometan, prefiriendo, por una política digna del clima, la conservación de un cuerpo del cual son miembros á la ventaja que cada uno de ellos pudiera obtener en la división del imperio. Desean mucho verse restablecidos en sus antiguos privilegios y que la autoridad de los emperadores se mantenga dentro de los límites marcados por las constituciones del imperio; pero no quieren alcanzar estos beneficios con la separación de parte alguna de sus Estados, ni que los príncipes extranjeros, á fin de tener el medio de auxiliarles, se engrandezcan á sus expensas, (1). A esos buenos sentimientos no les faltaba más que la fuerza para hacerlos prevalecer; pero la fuerza era una condición esencial; en su defecto, como dice el plenipotenciario francés, las dos coronas extranjeras dieron la ley en el seno de una asamblea del imperio (2). Para obtener la reparación de sus agravios, los príncipes alemanes católicos y protestantes se vieron obligados á asegurarse el apoyo de Suecia y de Francia; es decir, que á su pesar prestaron su mano al desmembramiento de Alemania (3).

Hay que añadir, para ser justos, que los protestantes fueron menos culpables que la Casa de Austria y que los príncipes católicos, sus aliados. En el congreso de Munster, los católicos favorecían las pretensiones de Francia, y el duque de Baviera sobre todo protegió sus invasiones. Los católicos hicieron en Alemania en el siglo XVII lo que habían hecho en Francia en el XVI: sacrificaron los intereses de su patria á los de la religión. El duque de Baviera tenía un motivo más personal para ponerse del lado de Francia; quería conservar á toda costa al Alto Palatinado y la dignidad electoral. El despojo del elector palatino fué una de las causas que perpetuaron la guerra, y también fué una de las causas de la flaqueza del emperador en las negociaciones. Por un castigo divino, aquel

(1) Carta del conde de Avaux y de Servien al cardenal Mazzarino (*Negociaciones secretas para la paz de Munster*, tomo III, 2. p. 21).

(2) *Memoria del conde de Avaux*, 11 de Febrero de 1647 (*Negociaciones*, IV, 19).

(3) ADAMI, *Relatio historica de pacificatione Osnabrugensis*, XI, 9, p. 219; XIII, 4, p. 236.

que se aprovechó de los despojos se puso en contra del expoliador: la pérdida de la Alsacia fué el castigo de la arbitrariedad y de la ambición de Fernando (a).

§ IV.—Las potencias protestantes.

N.º 1.—La Inglaterra.

En el siglo XVI se había colocado la Inglaterra á la cabeza del protestantismo, habiéndolo sostenido en Escocia, en los Países-Bajos y en Francia. Pero en el siglo XVII fué casi extraña á la larga guerra que decidió el porvenir de la Reforma: prueba evidente de la influencia funesta que la herencia del poder real ejerce en el destino de las naciones: poderosa la Inglaterra en tiempo de Isabel, cayó bajo sus sucesores los Stuartos en tal grado de nulidad, que el nombre inglés llegó á ser objeto de desprecio. Mucho se ha lisonjeado á Isabel, pero cuando se la compara á sus despreciables sucesores aparece superior á todo elogio. La reina tenía elevado espíritu; sólo la faltaba grandeza á causa de su egoísmo. Jacobo I era un monigote que hubiera hecho un buen domine de gramática, pero que hizo un detestable soberano. Y no es que fuese indiferente á la causa de la Reforma, sino que creía llenar todos sus deberes de príncipe protestante escribiendo libelos contra el Antecristo de Roma. Tenía, sin embargo, un interés de familia y de honor en la guerra que ensangrentó á Alemania, puesto que era su yerno el elector palatino, electo rey de Bohemia, y los hijos de éste, despojados por Fernando, eran, por lo tanto, descendientes suyos. Jacobo I tenía mil razones para intervenir en la guerra: la causa del protestantismo era la suya, y el mantenimiento del equilibrio político, amenazado por la preponderancia de Austria, era la especial misión de la Inglaterra. ¿Por qué Jacobo I se mantuvo extraño á una lucha en que se agitaban los más grandes intereses de la humanidad, que eran también los de la nación inglesa?

La existencia de la Reforma estaba en litigio; sin embargo, el rey de Inglaterra encontró en los principios de la religión que profesaba una razón

(a) Como se ve, Laurent hace recaer la culpa sobre la víctima y la gloria sobre el verdugo.—(N. del T.)

para censurar al rey de Bohemia en vez de sostenerle: "El protestantismo, dijo, no permitía trasladar las coronas de un príncipe á otro por motivos de religión; era necesario dejar á los jesuitas la funesta doctrina que autorizaba la deposición de los reyes; la Iglesia, de la cual era jefe, hacía profesión de obedecer á los señores temporales; así fueran Turcos ó infieles," (1). Pero esas bellas frases no eran más que pretextos; la verdadera razón por que retrocedía Jacobo I ante la guerra era su pusilanimidad. "El carácter tímido del rey de Inglaterra, dice Richelieu, le inclinaba siempre á la paz," (2). Cuando Fernando, abusando de su victoria, despojó al elector palatino de sus Estados hereditarios, Jacobo I debió intervenir; pero en vez de hacerlo con las armas en la mano, como convenía á una gran potencia, quiso negociar, medio infalible de perder toda influencia y de quedar en ridículo. Así es que se hicieron caricaturas del rey negociador, representándole unas veces con una vaina sin espada, y otras con una espada que porción de personas hacían esfuerzo inútil por sacar de la vaina. Se escribían comedias en las que se hacía burla del rey y de sus aliados: se anunciaba en ellas la pérdida del Palatinado, y Jacobo I iba á resguardar la herencia de sus nietos enviando 100.000 embajadores; además, el rey de Dinamarca reforzaba ese formidable ejército con 100.000... arenques, y la Holanda añadía 100.000... toneles de cerveza (3).

La nación se indignaba de la cobardía de su soberano, y sus pasiones religiosas, fuertemente excitadas, iban á provocar una revolución. En semejante situación de los ánimos, la elección del rey de Bohemia produjo un gran entusiasmo. El arzobispo de Cantorbery, constituyéndose en órgano de los sentimientos nacionales, pidió que se iluminase la ciudad y se echasen á vuelo las campanas, para manifestar á la Europa que el rey sostendría resueltamente la causa del elector palatino; el prelado anglicano veía en aquella elección la mano de Dios, y esperaba que poco á poco todos los reyes de la tierra abandonarían á la gran prostituta (4). La voz del pueblo era ciertamente la voz de Dios'

(1) Carta de Buckingham á Gondemar, embajador de España (RAPIN THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. VIII, p. 125.)

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 118.

(3) RAPIN THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. VIII, p. 201.

(4) LINGARD, *Hist. de Inglaterra*, t. IX, p. 280.—RAPIN THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. VIII, p. 143.

dependía del rey de Inglaterra el consumir la ruina de la Casa de Austria en el principio de la lucha, el asegurar al protestantismo la preponderancia, y tal vez la dominación en Alemania, y, por consiguiente, en toda la cristiandad. La revolución de Bohemia y de Hungría y la insurrección de sus Estados hereditarios pusieron á Fernando á dos dedos de su ruina; no faltaba más que un jefe para todas aquellas fuerzas desencadenadas; si Jacobo I hubiese tenido el genio de Gustavo Adolfo, habría sonado la última hora de la Casa de Austria y del catolicismo. El parlamento le ofreció subsidios, y de tal magnitud como no los había recibido ninguno de sus predecesores, si quería tomar á su cargo la causa de la Reforma, diciéndole con gran previsión que el papa, ligado con la Casa de Austria, buscaba la destrucción del protestantismo, en cuya ruina irían envueltos los príncipes, puesto que el rey de España aspiraba á la monarquía universal, como el papa á que dominase su Iglesia. Pero ¿qué respondió el rey á esas prudentes y enérgicas representaciones? "Que el parlamento se había mezclado en asuntos que no entendía y que no eran de su competencia: *Ne sutor ultra crepidam*. Que sólo al rey, iniciado en los secretos de la política, correspondía el decidir cuestiones de paz y de guerra," (1).

Cárlos I continuó la política de su padre, si política puede llamarse el abandono de los intereses más preciosos de la nación; continuamente se veían embajadores ingleses en Viena y en las dietas del imperio; pero aquellas negociaciones no conseguían más que revelar la impotencia de Inglaterra, de la cual, dice Richelieu, se burlaban en Ratisbona (2). Cuando los pueblos apelan á la fuerza, no hay más medio de negociar que el de empuñar las armas. En realidad, Cárlos I no comprendía nada de los grandes intereses que se ventilaban en la guerra de los treinta años. En 1634, el canceller Oxenstiern envió á su hijo á Inglaterra para concluir una alianza con el rey y contra la Casa de Austria; el rey respondió que no tenía motivo para intervenir en Alemania, sino que fuera para restablecer á sus sobrinos en el Palatinado; que, por lo demás, la guerra no le interesaba (3). Pero era otra

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. IX, p. 1543; t. X, página 373.—LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, t. II, p. 606, 610.—RAPIN THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. VIII, p. 175-189.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. VI, p. 286.

(3) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 381.